

**Santa María de Guadalupe, Patrona del Continente
Americano,
nos muestra el camino de la Santidad en el amor
misericordioso de Dios
Cango. Dr. Eduardo Chávez**

Agradezco mucho el honor de esta invitación, de manera especial al Card. Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, así como al Card. Rubén Salazar, Presidente de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, así mismo mi agradecimiento a los Caballeros de Colón, al Caballero Supremo Mr. Carl Anderson.

En febrero de este año 2016, el Papa Francisco visitó México y, de manera especial, estuvo en la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe; fue un momento lleno de Dios. Ante la sorpresa y la emoción del pueblo mexicano, el Santo Padre había pedido a los mexicanos que lo dejáramos orar delante de la Virgen de Guadalupe. Para todas las naciones, no sólo para los mexicanos, esto fue trascendental; contemplar al Vicario de Cristo, Sucesor de Pedro, el Papa Francisco, delante de la Virgen de Guadalupe en profunda oración y contemplación fue un momento de eternidad, los millones en todo el mundo estuvimos con él en ese instante trascendental, estábamos compenetrados en la misma oración contemplativa, millones en el más completo silencio podíamos estar en el mismo palpitar y en la misma respiración del Santo Padre en una comunión íntima y santa, testimonio de la Iglesia católica al mundo entero. Recordemos que la Imagen de Santa María de Guadalupe es el de la mujer encinta, embarazada, por lo que es Jesucristo el centro tanto de la Imagen como del mensaje, es Ella el Arca viviente de la alianza, es Ella quien nos guía al verdaderísimo Dios, por quien se vive. Confirmé que ésta es la fuente de toda santidad, respirar del mismo aliento de Dios en la oración que llena el corazón, que emociona y que motiva para lanzarse a amar con alegría a los demás, siempre teniendo como un honor la posibilidad de ser parte de esta historia de salvación, en donde se nos llama a colaborar y a ser parte importante de ella.

El Papa Francisco estuvo en esta “casita sagrada”, como san Juan Diego, exactamente en esa humildad santificada en la misericordia de Dios. Decía un escritor del siglo XVI sobre san Juan Diego, el humilde indígena *macehual*, elegido por la Virgen para ser su intercesor y mensajero delante del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga. “Se escondía en la sombra para

poder entregarse a solas a la oración y estar invocando a la Señora del Cielo.”¹
Exactamente como estaba el Papa Francisco delante de ella.

Santa María de Guadalupe tiene un objetivo muy preciso, ella tanto quiere y tanto desea que todos seamos Santos, y esto significa edificar su “casita sagrada”, templo del Espíritu Santo, templo del verdaderísimo Dios por quien se vive, templo, hogar, familia, civilización, del Dios omnipotente, en cuyo centro debe de manifestarse, ensalzarse y ofrecerse al único y verdadero Dios y Señor, su amado Hijo; templo que se edifica desde lo más profundo del corazón.

Esta “casita sagrada”, así como el mensaje y la imagen portentosa de la Virgen de Guadalupe son la misma Iglesia católica, señal y testimonio del infinito amor misericordioso de Dios para el mundo entero.

Para ubicar y entender este gran signo de la misericordia de Dios en el Acontecimiento Guadalupano y la misión tanto del laico san Juan Diego, indígena *macehual*, vidente y mensajero de la Virgen de Guadalupe, como del humilde obispo, sacerdote consagrado para Dios y su comunidad, es importante tener en cuenta el contexto histórico en el que Dios interviene con su amor y su misericordia por medio de su Madre, Santa María de Guadalupe, irrumpiendo en la historia humana en aquellos días del 9 al 12 de diciembre de 1531 en el Tepeyac, al norte de la ciudad de México, logrando un mensaje que trasciende tiempos y espacios y con ello llevando de la mano a todos sus hijos a ser protagonistas en esta historia que se vuelve historia salvación.

Ese momento histórico tiene mucho de trágico y, al mismo tiempo, esperanzador. Es decir, que en medio de la tremenda depresión indígena en el tiempo dramático de la Conquista, en medio de una peste de viruela que diezmo a millones de indígenas, en medio de la decepción de constatar que de nada habían servido los sacrificios humanos que los integraba en la batalla cósmica para sustentar la vida; asimismo, en un momento tremendo ante la conciencia inquieta de los españoles de la época, sus divisiones, su avaricia que hacía estragos y su soberbia que llegaba al punto de hacerlos destruirse entre ellos mismos, al grado tal, que incluso intentaron asesinar a su propio obispo fray Juan de Zumárraga; a quien no le quedó otra salida que lanzar la excomunión a los gobernantes católicos españoles y arrojar el entredicho a la ciudad de México; fray Juan de Zumárraga lo decía así: “sacerdotes de la ciudad de México desnuden los altares, consuman el Santísimo, nos largamos de esta Ciudad de México, que esta Ciudad se quede sin Dios” y todos la abandonaron, la orgullosa y gran capital de México, había sido abandonada; era tan sólo ahora testigo mudo de grandezas y vilezas de sus moradores. Todavía más, fray Toribio de Benavente, Motolinia, habla de la seriedad del problema, a tal grado,

¹ FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL, *Nican Motecpana*, p. 305.

que todos los misioneros pensaban abandonar México y regresarse a España. Así, con dolores de parto, con clamores de un pueblo que agonizaba, con el llanto de aquellos que perecían, surgió la luz de la esperanza, una luz resplandeciente que sería la identidad de un nuevo pueblo llamado a ser una verdadera civilización del Amor misericordioso de Dios.

Precisamente, en este intenso y dramático momento de la historia se dio el encuentro entre Dios y los hombres por medio de Santa María de Guadalupe, haciendo de este Acontecimiento un encuentro cuyo mensaje está colmado de esperanza, que provoca la fe para poder vivir en el amor, y fue un laico, Juan Diego Cuauhtlatoatzin, primer indígena canonizado del Continente Americano, el portador de este mensaje para el mundo entero; fue un humilde indígena *macehual*, que en su tiempo y en su sociedad no se le concedía credibilidad, fue él, laico humilde, el intercesor de la Madre de Dios, de la Madre del Omnipotente, para que se cumpliera su voluntad de edificar un templo, un nuevo templo, una “casita sagrada”, lugar de encuentro entre Dios y los seres humanos, un lugar de la armonía cósmica en un nuevo génesis; en donde Ella lo manifestará a Él, lo ensalzará a Él, lo ofrecerá a Él, su máximo amor que es Jesucristo, nuestro Señor Resucitado. O como dice el Papa Benedicto XVI: “el Resucitado es el nuevo templo, el verdadero lugar de contacto entre Dios y el hombre.”²

El mensaje es para todos, pero obviamente, sólo los humildes como san Juan Diego, son capaces de poderlo entender, hacerlo suyo y entregarlo con flores y cantos de un actuar cotidiano en el amor misericordioso cuya fuente es el mismo Señor Jesucristo, por medio de María, la valiente Niña del Cielo que dijo “sí” al Señor. Dice el Papa Francisco: “Delante de Dios sólo se permanece si se es pequeño, si se es huérfano, si se es mendicante. El protagonista de la historia de salvación es el mendigo.”³

Como todo Acontecimiento Salvífico, el Guadalupano, si bien se verifica en un momento histórico, del 9 al 12 de diciembre de 1531, y en un lugar determinado: en el cerro del Tepeyac; trasciende fronteras, culturas, pueblos, tradiciones, costumbres, etc.; llega hasta lo más profundo de todos; además, toma en cuenta la participación precisamente de este ser humano, concreto e histórico, con sus defectos y virtudes, con sus vacíos y limitaciones, para que con su intervención todo trascienda. Una de las más claras manifestaciones de que en realidad se trata de un Acontecimiento Salvífico es la conversión del corazón, es el mover, en un verdadero arrepentimiento al ser humano desde lo

² PP. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Eds. Planeta y Encuentro, México 2011, p. 55.

³ PP FRANCISCO, *Discurso a los obispos de México*, Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, 13 de Febrero de 2016, p. 17.

más profundo del corazón, del alma, del espíritu y de la razón, como fruto de este encuentro con Dios, quien siempre toma la iniciativa para que seamos santos; haciendo realidad una vida plena y total, dándole todo su sentido.

La Virgen de Guadalupe nos conduce siempre a Él, a su Hijo Jesucristo, ella es la “Estrella de la primera y la nueva evangelización”. Por ello, en la V Conferencia del Episcopado Latino Americano y del Caribe, en Aparecida de Brasil, los obispos afirmaron: “María, Madre de Jesucristo y de sus discípulos, ha estado muy cerca de nosotros, nos ha acogido, ha cuidado nuestras personas y trabajos, cobijándonos, como a Juan Diego y a nuestros pueblos, en el pliegue de su manto, bajo su maternal protección. Le hemos pedido, como madre, perfecta discípula y pedagoga de la evangelización, que nos enseñe a ser hijos en su Hijo y a hacer lo que Él nos diga (cf. *Jn 2, 5*).”⁴

Esto es lo que tanto desea ella, una “casita sagrada” en cuyo centro está Jesucristo-Eucaristía. Dios que se entrega de una manera muy especial en la Eucaristía, sacramento central de esta “casita sagrada”, de este templo. Los indígenas creían que había que ofrecer corazones y sangre a los “dioses” para que el universo pudiera continuar con vida, pero Santa María de Guadalupe les enseña que no son ni su sangre, ni sus corazones los que sustenta a esos ídolos, sino que es su Hijo, quien se entrega en la cruz en un verdadero sacrificio pleno y total, sólo por amor; que es su Hijo amado, Jesucristo, el único, máximo y eterno sacrificio que nos alimenta con su sangre, su corazón y su carne. Esto es la Eucaristía. Ella es la mujer Eucarística, Tabernáculo Inmaculado donde está Jesús, el Amor. Por ello, es tan importante la palabra que expresa el Papa Benedicto XVI y nos llega hasta el fondo de nuestro ser: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor!”⁵

Entre lo más importante y que es de lo más novedoso de la reflexión es el hecho de descubrir cómo Jesucristo se encuentra con el ser humano, por medio de Santa María de Guadalupe, en el preciso momento de las más importantes fiestas que celebraban los indígenas, bajo una “liturgia celebrativa” muy semejante a la Pascua Judía, que es lo que Jesucristo lleva a la plenitud tomando esa celebración en su propia persona; Él es la Pascua Florida, ya que Él es el Cordero degollado, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, que nos limpia con su sangre, que se sacrifica ofreciendo su vida en la cruz, signo del máximo amor por el ser humano, y es precisamente desde esa cruz

⁴ *Documento de Aparecida*, 1.

⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso Inaugural*, Aparecida de Brasil, 13 de mayo 2007, p. 16.

donde Él nos entrega lo más valioso y precioso para Él: a su propia Madre como nuestra madre.

Dios, ante todo, es un Dios que ama; es un Dios que vence las tinieblas de la angustia y de la muerte con la luz verdadera; es un Dios que nos entrega para siempre su bello canto eterno; es un Dios por quien el corazón humano puede palpar o, como también lo expresaban los indígenas, el tener un “corazón endiosado”, es decir, lleno de Dios, pleno de su vida divina. El Papa Francisco lo expresa maravillosamente: “Ante todo, la «Virgen Morenita» nos enseña que la única fuerza capaz de conquistar el corazón de los hombres es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena, no es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino, que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia.”⁶

De esta manera, Jesucristo, el Amor, pasó de la Pasión a la Muerte y, posteriormente, a la Resurrección, Él es la Pascua Florida, nuestro Redentor y Salvador, el Dueño de la Vida. Así sucede exactamente en el mes de diciembre en el momento de la Aparición de nuestra Señora de Guadalupe, Mujer de Adviento, Mujer de Esperanza, Mujer Apocalíptica, centrada totalmente en su amado Hijo; ya que, como decimos, Jesucristo, el Amor, se encuentra con este ser humano, por medio de ella, y en una forma de impresionante inculturación, en el preciso tiempo cuando los indígenas celebraban las fiestas más importantes, como el mismo misionero franciscano del siglo XVI, fray Toribio de Benavente, Motolinia, comparaba y así la llamaba como una especie de “Pascua Principal” de los indígenas; así se identificaba a la fiesta indígena llamada de *Panquetzaliztli*, donde eran ofrecidos miles de sacrificios humanos, una de las más sangrientas celebraciones que coincidía con el 12 de diciembre de aquel año de 1531.

Por medio de Santa María de Guadalupe, Jesucristo es quien purifica todo esto y les da plenitud en Él, el verdaderísimo Dios por quien se vive, Él, que es la respuesta de lo que tanto anhelaban los indígenas y que tanto anhela el ser humano moderno, hoy. Jesús se presenta como el Camino, la Verdad y la Vida, el máximo y pleno Sacrificio en la cruz, su muerte y su Resurrección, Él es la verdadera Pascua Florida, que tiene como lugar, como hogar, una “casita sagrada, templo que la Virgen de Guadalupe tanto deseaba y que se ubica, trascendentalmente, en lo más profundo de cada corazón, en lo sagrado de la vida de todo ser humano.

⁶ PP. FRANCISCO, *Discurso a los obispos de México*, Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, 13 de Febrero de 2016, p. 8.

La Virgen de Guadalupe desea hoy la edificación de la “casita sagrada” para su Amor-Persona.

Santa María de Guadalupe, realiza una perfecta inculturación, ella sólo toma algunas de las características claras, “semillas del Verbo”, como las describe el Concilio Vaticano II, y con ello señala, quien es el Verdadero Dios por quien se vive, nunca toma a ningún ídolo, ninguna idolatría, ni hace un sincretismo, sino que es una perfecta inculturación del Evangelio.

Ella viene hoy con una verdad grande y poderosa, una verdad maravillosa: el verdadero Dios no está alejado sino que viene en su inmaculado vientre para entregarse a ese ser humano, un Dios que viene a darse en el único y eterno sacrificio, simplemente por amor. Como decíamos, Ella es una mujer “encinta”, embarazada, así que ella no viene sola, es Dios mismo quien viene junto con ella, su madre, Sagrario Inmaculado del verdadero Dios. Una mujer que esperaba un bebé, en la mentalidad indígena, significa que espera la síntesis de la energía dispersa en el universo entero. Santa María de Guadalupe es clara, ella no espera la síntesis de la energía dispersa en el universo entero, ella es la madre del Dueño del cielo y de la tierra.

Y esta mujer de espera, de Adviento, de esperanza, llega con aquel que se hace prójimo, Jesús, como dice el Papa Benedicto XVI. Ella es el Arca viviente de la Alianza, portadora de este maravilloso regalo para toda la humanidad.

Ante la historia de un indígena, un ser humano, como todo ser humano, sediento del amor verdadero; el indígena, en general, guardaba un gran deseo de encontrar la verdad de Dios, como lo expresa el historiador Miguel León-Portilla: “Consciente el pensador náhuatl de que es muy difícil encontrar auténticas flores y cantos, tiene la esperanza de hallarlos algún día [...] La suprema misión del hombre náhuatl será descubrir nuevas flores y cantos. El simbolismo de su arte habrá de llegar hasta los más apartados rincones del universo, hasta lo más oculto de los rostros y los corazones, hasta acercarse a todos los enigmas, sin excluir al enigma de Dios. Hombres de acción y pensamiento, se convertirán entonces en cantantes y poetas. El mundo será el escenario, siempre cambiante, que ofrece la materia prima de la que habrán de elaborarse los símbolos asimismo cambiantes [el ser humano será] poeta, cantante, pintor, escultor, orfebre o arquitecto, creador del nuevo hogar cósmico en el que viven los símbolos portadores de un sentido capaz de dar raíz y verdad a los hombres.”⁷

Así Jesús, Luz de las gentes, viene al encuentro del ser humano, por medio de su Madre, al romper el alba, de aquel sábado 9 de diciembre de 1531, en el

⁷ MIGUEL LEÓN-PORTILLA, *Los antiguos mexicanos*, pp. 180-181.

cerro del Tepeyac, que significa cerro punta o cerro corazón, Juan Diego contempló, con asombro, el rostro de la Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, quien en su virginal vientre portaba a Jesucristo. De esta manera, se hacía una maravillosa realidad que ese omnipotente Dios, el creador de todas las cosas, que para los indígenas era tan alejado y altísimo, tan poderoso y grande, que nunca vendría a su encuentro, ahora se reveló como un Dios que venía a ellos por medio de su Madre. Si bien, todo esto se dio en la historia hace casi quinientos años, el mensaje de la Virgen de Guadalupe sigue siendo actual, es más, actualísimo. Pues sigue pidiendo se le edifique, desde el corazón de cada uno de nosotros, la “casita sagrada”, en cuyo centro quiere cumplir su promesa el mismo Señor: “yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”. El pensador chileno, el P. Joaquín Alliende Luco dice: “Ese Dios trascendente e inmanente, cercanísimo y distante, nace de esta madre. No sólo habla del «cielo» y de la «tierra», sino que ella quiere arraigar el cielo en ese trozo de tierra. Ella quiere un sacramental tangible.”⁸

Esto es algo que desborda toda expectativa, que asombra tanto, que la alegría rebosante no se puede esconder; como el mismo Papa Benedicto XVI lo describió en términos actuales: “Dios mismo, que para nosotros es el extranjero y el lejano, se ha puesto en camino para venir a hacerse cargo de su criatura maltratada, Dios, el lejano, en Jesucristo se convierte en prójimo.”⁹

Y es por medio de un laico humilde, indígena recién convertido y bautizado, “Juanito, Juan Dieguito” quien representa a todos los laicos de todos los siglos y de todas las latitudes, a quien la Virgen de Guadalupe le revela el objetivo de su misión: “«*Mucho quiero, mucho deseo, que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré a Él, lo ensalzaré a Él, al ponerlo de manifiesto, lo ofreceré a Él, que es mi Amor-Persona, a Él, que es mi mirada misericordiosa, a Él, que es mi auxilio, a Él, que es mi salvación.*»” (Nican Mopohua, vv. 26-28)

Así es, su gran deseo es la construcción de una “casita sagrada”, de un hogar sagrado, de un templo, en donde Ella muestre, ensalce, ofrezca, todo su amor que es Jesucristo Nuestro Señor, es el hogar, es la “casita sagrada”, en donde todos los pueblos tendrán cabida, para formar la única familia de Dios, civilización del amor misericordioso de Dios.

Hay que recordar que en la mentalidad de los indígenas, cuando se construía un pueblo, una ciudad, una civilización, lo primero que se edificaba era el templo. No se hacía ningún pueblo, ninguna civilización, sin construir en primer lugar el templo. Por ello, la Virgen de Guadalupe no sólo pide le edifiquen un templo

⁸ JOAQUÍN ALLIENDE LUCO, *Para que nuestra América viva*, Ed. Nueva Patris, Chile 2007, p. 75.

⁹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Ed. Planeta, México 2007, p. 242.

material, sino que con ello, lo que está pidiendo es una nueva civilización de su amor. Y ahí radica la fuente de la Santidad misma, en aquel que es el Santo, Jesucristo, centro de la “casita sagrada”.

Ahora comprendemos mejor la gran admiración y la inmensa alegría que suscita el gran amor de Dios para con el limitado ser humano, que el Dueño del cielo y de la tierra quiere hacer su morada en el corazón de todo ser humano; y que, además, ardía en deseos de que se le construyera esa “casita sagrada”, ese “nuevo hogar cósmico y eterno”. Es una entrega absoluta de parte de Dios. El júbilo fue inmenso al entender la plenitud de este fruto que tenía su semilla y su raíz en su cultura y, desde ella, para todos los seres humanos de todos los tiempos y de todas las latitudes, un amor universal, como María más adelante lo confirmó. Esto precisamente evoca el salmo 8, 2-5: “¡Oh Señor, nuestro Dios, qué glorioso es tu Nombre por toda la tierra! Tu gloria por encima de los cielos [...] al ver tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que fijaste, ¿quién es el hombre para que te acuerdas de él, el hijo de Adán para que de él cuides?”

Santa María de Guadalupe continúa describiendo la razón por la cual quería esta “casita sagrada”, dice María: “*«Porque, en verdad, yo me honro en ser tu madre compasiva, tuya y de todos los hombres que vivís juntos en esta tierra, y también de todas las demás variadas estirpes de hombres, los que me amen; los que me llamen, los que me busquen, los que confíen en mí. Porque ahí, en verdad, escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores».*” (Nican Mopohua, vv. 29-32)

San Juan Diego escuchó algo que complementó y que sería por demás maravilloso: que Ella, la Madre de Dios era también su Madre y que tenía además el honor y la inmensa alegría de serlo; asimismo, que era la Madre de todos los que estaban juntos en esta tierra, así como la “de todas las demás variadas estirpes de hombres”, Ella se presentó como Madre de todas las naciones, cuyas fronteras no existían, un Continente que era su tierra y, es más, extendía su amor a todas las demás variadas estirpes, es decir, a todas las naciones; por lo que este encuentro con el Amor de Dios comprende a todo ser humano, en un encuentro directo, humilde y personal; superando toda división y toda barrera; la humanidad era la gran familia de Dios, por medio de la humildad de la sierva: María; donde el amor reina en los que ponían su confianza en Ella, los que habían abierto su corazón y eran capaces de ofrecer también este mismo amor, los que pusieran humildemente su corazón entre sus benditas manos maternas. Desde este primer encuentro, Ella sanaba las heridas, ella era consuelo, era alivio, era fuerza y esperanza con un amor grande. La Madre de Dios evangelizaba en la misma forma que su Hijo Jesucristo, es más, la fuente misma de su evangelización es Él: “Enseñando, proclamando, curando” (Mt 4, 23). Todo era algo nuevo que superaba toda expectativa para el indígena y lo sigue siendo para todos nosotros, pues es el

verdadero Dios, por medio de su Madre, quien tomó la iniciativa de tener un profundo encuentro con cada uno de nosotros, sus amados hijos y guiarnos con ternura para ser santos, santos destruyendo nuestro egoísmo y soberbia, santos ayudando a los más necesitados, santos luchando por la justicia y la paz, santos construyendo juntos la civilización del amor.

El Papa Francisco lo actualiza así: “En la construcción de ese otro santuario, el de la vida, el de nuestras comunidades, sociedades, culturas, nadie puede quedar afuera. Todos somos necesarios, especialmente aquellos que normalmente no cuentan por no estar a la «altura de las circunstancias» o por no «aportar el capital necesario» para la construcción de las mismas. El Santuario de Dios es la vida de sus hijos, de todos y en todas sus condiciones.”¹⁰

Todo esto evoca la Palabra de Dios cuando dice: “«Esta es la morada de Dios entre los hombres: fijará desde ahora su morada en medio de ellos y ellos serán su pueblo y Él mismo será Dios-con-ellos. Enjugará toda lágrima de sus ojos y ya no necesitará ni muerte, ni duelo, ni gemidos, ni penas porque todo lo anterior ha pasado.» Entonces el que se sienta en el trono declaró...: «Ya está hecho. Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la Vida. Esa será la herencia del que salga vencedor. Y yo seré Dios para él y él será para mí un hijo...»” (Ap 21, 4-7)

Santa María de Guadalupe le pide al laico san Juan Diego su intercesión y al obispo Zumárraga su aprobación.

La humilde sierva de Dios le pide a san Juan Diego que vaya ante el obispo para que apruebe la edificación de esta “casita sagrada”, no se hace nada sin la autoridad de quien es cabeza de la Iglesia, el obispo. María se somete a la autoridad del obispo, la Madre del Dueño del cielo y de la tierra se somete a la aprobación del obispo de la Iglesia instituida por su Amor-Persona, Jesús.

Así se lo comunica al laico humilde, san Juan Diego, para que se presente ante la autoridad y cabeza de la Iglesia: “*«Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del obispo de México, y le dirás cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.»*” (Nican Mopohua, v. 33)

La Virgen de Guadalupe se somete al obispo, que en ese entonces era fray Juan de Zumárraga; era necesaria su aprobación para realizar su voluntad,

¹⁰ PP. FRANCISCO, *Homilía*, Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, la Ciudad de México, 13 de febrero de 2016, p. 23.

que no es otra, sino la de dar a todos su misericordia. Así que era a él, cabeza de la Iglesia, a quien María tenía como destinatario del mensaje.

Así como se somete a la autoridad del obispo, la Madre de Dios se somete a la intercesión del humilde laico a quien le promete todo su agradecimiento. Le dice la Niña del cielo: “*«y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré, que por ello, en verdad, te enriqueceré, te glorificaré; y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envió. Ya escuchaste, hijo mío el menor, mi aliento mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte».*” (Nican Mopohua, vv. 34-37) Así, de esta manera tan sublime, la Señora del Cielo envía a Juan Diego como su mensajero e intercesor, ante la cabeza de la Iglesia en México, el obispo fray Juan de Zumárraga, para solicitarle su aprobación.¹¹ La Virgen dio su aliento y su palabra, pero buscó la colaboración de un humilde laico, que pusiera todo su esfuerzo, todo lo que estuviera de su parte y de un humilde obispo; la Virgen de Guadalupe nos ayuda a ser portadores de la verdad, pero requiere también de nuestro esfuerzo, lo que está de nuestra parte realizar.

La Virgen de Guadalupe tendría todo el poder de aparecerse directamente ante el obispo y lograr que se cumpliera su voluntad, sin embargo, buscó la participación de un hombre humilde, sencillo y obediente, para que se cumpliera su voluntad; ciertamente, este es el tiempo de la participación del laico en la Iglesia, en la cultura de la vida, este es el tiempo para que el laico “haga lo que esté de su parte” en esta historia humana que con la intervención de Dios, por medio de María, se convierte en historia de salvación, en donde reina la justicia y la paz.

Juan Diego se manifestó con muy buena disposición, fiel y humilde para llevar el mensaje al supremo sacerdote de México; este fue el “sí” de Juan Diego, que en María, se transformaba en el servidor de Dios, como si tomara las mismas palabras de Ella: “He aquí la esclava del Señor hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). El humilde Juan Diego se dispone a desempeñar su misión, ser el mensajero de la Madre de Dios. Para Juan Diego no sería fácil convencer al obispo, pues para cualquier sería difícil creer que se le había aparecido la Virgen y le hablaba.

Si bien el obispo fray Juan de Zumárraga lo trató bien, con respeto y dignidad, sin embargo no le creyó al humilde laico, así que Juan Diego frustrado

¹¹ El 2 de septiembre de 1530, el Papa Clemente VII había aceptado y confirmado el nombramiento de fray Juan de Zumárraga como obispo de la Ciudad de México, por lo que desde esa fecha, Zumárraga era obispo electo, por lo tanto, se aprobaban sus obras en forma retroactiva; es decir, que desde este momento el Santo Padre aceptaba todo lo que él hubiera hecho desde su nombramiento; así que en el tiempo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, del 9 al 12 de diciembre de 1531, fray Juan de Zumárraga era un obispo electo y aprobado por el Papa. Zumárraga sería consagrado hasta el 1533 en Valladolid, España.

regresó al cerrillo, al mismo punto en donde se le había aparecido la Madre de Dios. El humilde indígena estaba tremendamente triste, el fracaso llenaba todo su ser; con candor había creído que de manera inmediata se le iba a creer que la Virgen le hablaba. Al llegar hasta la cumbre encontró el consuelo de contemplar nuevamente a la Reina del Cielo, quien con ternura lo estaba esperando. Como verdadera madre, Ella siempre nos espera, está pendiente de nosotros hasta que lleguemos.

Juan Diego le informa a María que él había captado que el obispo pensaba que le mentía o que fantaseaba, sin querer ofender ni manifestar alguna frase en contra del obispo o de sus sirvientes. Juan Diego dice con toda humildad: “*«Por esto, mucho te suplico, Señora mía, Reina mía, Muchachita mía, que a alguno de los estimados nobles, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu venerable aliento, tu venerable palabra para que le crean. Porque en verdad yo soy un hombre del campo, soy mecapal, soy parihuela, sólo soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestras, no es lugar de mi andar ni de mí detenerme allá a donde me envías, mi Muchachita, mi Hija la más pequeña, Señora, mi Niña.»*” (Nican Mopohua, vv. 54-56)

San Juan Diego, si bien mostraba una alta educación, manifestó siempre ser un *macehual*, un hombre que era prácticamente un instrumento de carga, al compararse como “mecapal” o una “parihuela”.

San Juan Diego manifestó su convicción de ser inútil para la misión que se le había encomendado. Pero, la Santísima Virgen reafirmó su elección. Dios siempre escoge a los humildes (1 Cor 1, 27-29) para que se vea más claramente que es Él quien realmente interviene. Santa María de Guadalupe le suplica a este humilde laico que sea su intercesor: Le respondió la Virgen: “*«Escucha, tú, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quien encargue que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad. Y mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo.»*” (Nican Mopohua, vv. 57-60)

Ella pone la luz de la verdad entre el humilde laico y el humilde obispo y, a pesar de las dificultades y los obstáculos, brilla esta luz de la Verdad, Jesucristo, para que se edifique la “casita sagrada” que tanto deseaba la Virgen-Madre, llena del amor misericordioso de Dios. En un tiempo en el que la mujer no era tomada como persona de credibilidad. María se presentó como la discípula y misionera activa que da testimonio verdadero del amor de Dios.

Con expresiones exquisitamente indígenas, Juan Diego, todavía entristecido por lo que había sucedido, escuchó a la Madre de Dios que lo volvió

a enviar delante del obispo para que pusiera a efecto su voluntad; esta insistencia nos está hablando de la necesidad e importancia de la aprobación del obispo; Juan Diego aprende a llevar a cabo su misión en la Iglesia con gran disponibilidad, usando todas sus capacidades y colaborando al máximo para el éxito de su misión; él había sido enviado por la voluntad divina y debía ser confirmado por la autoridad eclesiástica.

La Virgen de Guadalupe le pide a un laico humilde su intercesión y a un humilde consagrado sacerdote, el obispo, su aprobación.

Después de muchas adversidades, Juan Diego puede volver a insistir delante del obispo, quien ahora le pide una señal para poder creer; sin embargo, todavía había que superar pruebas muy dolorosas. Como la fatal enfermedad de su tío anciano Juan Bernardino.

En la madrugada del martes 12 de diciembre, Juan Diego le dio la vuelta al cerro para esquivar la presencia de la Virgen de Guadalupe, pues tenía mucha prisa para ir por un sacerdote para que preparara a su tío anciano para bien morir. María Santísima bajó del cerro y salió al encuentro de Juan Diego, lo atajó, precisamente en lo torcido del camino; ella no espera, no se resigna, en ella, Dios es quien sale al encuentro de ese ser humano que ha torcido su camino por la pena, la angustia, el dolor y el sufrimiento, en Ella se manifiesta la plena misericordia de Dios, o como dice ella “Él, que es mi mirada misericordiosa”. Las preguntas que la Virgen le hizo al desconcertado indígena eran un signo de ayuda, para que fuera consciente en qué punto se encontraba, ella quería que le revelara sus angustias, sus penas, sus dolores, sus sufrimientos, pues para eso precisamente había venido; exactamente para eso quería la “casita sagrada”, esa era la razón de querer la edificación del “templo”, lugar del hogar del infinito amor misericordioso de Dios. Ella nos ataja los pasos para remediar nuestro dolor, para sanar nuestras heridas, para entregarnos a su Amor-Persona, que es su propio Hijo Jesucristo.

Juan Diego continuó con un aire melancólico, fatalista, nada extraño en su cultura y mucho menos en ese momento de destrucción y desolación que experimentaba en todo su entorno. Y le informó de la grave enfermedad que estaba llevando a la tumba a su tío anciano, quien al mismo tiempo era el siervo de la Niña del Cielo, y que no era un interés egoísta lo que le demoraba para cumplir su voluntad, sino que era para realizar la última voluntad de un moribundo. Juan Diego expresó una de las frases más terribles que denotaban un tremendo fatalismo: “*porque en realidad para esto nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte*” (*Nican Mopohua*, v. 114). En Juan Diego se reflejaba al ser humano conquistado, enfermo, abatido, humillado, decepcionado, descartado, afligido por el miedo y por la angustia; en este caso por la enfermedad de su tío que punzaba su corazón, él había hecho de todo por evitar

el sufrimiento y la muerte de su tío, que al mismo tiempo era su raíz, su cultura, su sabiduría, su autoridad, su mundo; el humilde indígena había ido a pedir auxilio a los médicos que conocía, nada, no podía hacer absolutamente nada, la siniestra muerte se cernía en su entorno y en su corazón.

Como el hombre en la soledad de la vida actual, que por más medios de comunicación, por más globalización que supuestamente acercan a las personas, por más tecnología, por más riquezas materiales, por más poder, por más fama, experimenta en su ser una vida trastocada que, en muchas ocasiones, se despeña en vicios y en adicciones, termina siendo una vida llena de vacío, en la soledad más espantosa, cubierta de temores, de miedos, de angustias, de tristezas, nada se puede hacer no sólo ante la muerte, sino ante la misma vida convertida en sepulcro donde la angustia la carcome. Es el “sin sentido” de una vida que se arrastra en sombras de muerte; esto es la anticultura de la muerte. Es muy fuerte el grito de los que sufren, como lo expresa la Comisión para América Latina con su presidente el Cardenal Marc Ouellet: “Nos interpelan los rostros sufridos de los excluidos y descartados de la mesa común, de los migrantes y refugiados en su *via crucis*, de los niños y ancianos abandonados, de las mujeres maltratadas, de las víctimas de la violencia y las drogas, de los hacinados en cárceles deshumanas, de los enfermos sin cuidados. Ellos son los que completan en su carne lo que falta a la Pasión de Cristo.”¹² El Papa Francisco expresó que no debemos ser indiferentes al sufrimiento del ser humano: “Como enseña la bella tradición guadalupana, la «Morenita» custodia las miradas de aquellos que la contemplan, refleja el rostro de aquellos que la encuentran. Es necesario aprender que hay algo de irrepetible en cada uno de aquellos que nos miran en la búsqueda de Dios. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas. Custodiar en nosotros a cada uno de ellos, conservarlos en el corazón, resguardarlos.”¹³

San Juan Diego presentó ante la Virgen la situación amarga de contemplar a un ser de su misma carne, de su misma sangre, su tío anciano, que estaba al borde de la muerte, y que no podía hacer nada más para darle la vida sino sólo correr por un sacerdote para que lo prepara a bien morir. De alguna manera, Juan Diego también se presentó como el alma de muchos que estaban en la agonía existencial, resignados a que se está en esta tierra simplemente para esperar la muerte.

Todo esto recuerda lo que el rey sabio Netzahualcóyotl decía: “Tú *Tloque Nahuaque*, *Ipanemohuani*, *Teyocoyani*, *Moyocoyotzin*, donde estás? Tú estás

¹² PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA, *El indispensable compromiso de los laicos en la vida pública de los países latinoamericanos. Recomendaciones pastorales*, Reunión Plenaria 1-4 de marzo 2016, Ciudad del Vaticano, p. 18.

¹³ PP. FRANCISCO, *Discurso a los obispos de México*, Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, 13 de febrero de 2016, p. 16.

lejos de mí, no te importo, me has dado la vida sólo para morir. Tú te burlas de mí, te ríes de mí, me has lanzado a este mundo sólo para morir. ¿Dónde estás *Tloque Nahuaque* ...? ¿Podré llevar la flor de mi vida allá donde estás tú? Porque cuando quiero poseer la flor de mi vida, en las manos se marchita y se muere, ¿podré llevar mi vida, allá donde estás tú? ¿Dónde estás *Tloque Nahuaque* ...?

Santa María de Guadalupe, más que nadie, sabía que en san Juan Diego, efectivamente, no había lugar a la mentira, que en realidad tenía un corazón bueno, lleno de amor para con su prójimo, como para con Ella. María no se equivocó al escogerlo a él como su mensajero fiel, pleno de toda su confianza, pero que ahora estaba cegado por el dolor y el temor.

Santa María de Guadalupe le respondió con ternura, con amor, con una dulzura que toca el corazón llenándolo de la esperanza de su Hijo, quien ha vencido a la muerte. Precisamente el resucitado. El nuevo Templo es en realidad el mismo Resucitado. “En cuanto oyó la palabra de Juan Diego, le respondió la misericordiosa, la Perfecta Virgen: *«Escucha, ponlo en tu corazón, Hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante y aflictiva. ¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?»*” (Nican Mopohua, vv. 117-119)

María responde precisamente con aquello que tanto desea la edificación de la “casita sagrada”, “Hogar del Dios Omnipotente” es como si María dijera “el verdadero Dios no viene sólo a verte o a visitarte, viene a quedarse a vivir para siempre contigo” es como si Jesús por María cumpliera tácitamente con su promesa “Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin de mundo” (Mt 28, 20).

Santa María mostró su maternal misericordia, como lo recuerda el Papa Benedicto XVI al hacer alusión a la palabra «entrañas», el Santo Padre dice: “el Evangelio utiliza la palabra que en hebreo hacía referencia originalmente al seno materno y a la dedicación maternal. Se le conmovieron las «entrañas», en lo profundo del alma, al ver el estado en el que había quedado ese hombre.”¹⁴ Al mismo tiempo, la mentalidad de los indígenas aseguraba una comprensión maravillosamente inculturada de esta evangelización, ya que desde su cultura se proclamaba que un verdadero soberano no podía ser sino “padre y madre” de sus súbditos.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, p. 238.

San Juan Diego respiró la vida, la Virgen quitó todo temor, todo vacío, le volvió a dar sentido a todo su ser, no sólo lo colocó en el mismo lugar de su Hijo Jesucristo, sino que le dio la vida divina, le devolvió la esperanza más plena, lo que fortificó en su fe y le dio el misericordioso amor verdadero que le da sentido pleno a toda su existencia. Juan Diego, pues, al oír estas tiernísimas palabras, y escuchar nuevamente que la Madre de Dios era su propia venerable madre, no podía recibir mejor garantía de que, en efecto, nada tenía que temer, pues nada más protector, amoroso y cuidadoso que una madre: los indígenas la describían así: “la madre virtuosa es vigilante, ligera, veladora, solícita, congojosa; cría a sus hijos, tiene continuo cuidado de ellos, tiene vigilancia en que no les falte nada, regálalos, es como esclava de todos los de su casa, congójase por la necesidad de cada uno; de ninguna cosa necesaria en la casa se descuida”.¹⁵ Las otras expresiones: “*sombra y amparo... fuente de alegría... en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos*” para el mexicano no sólo significaban ternura, amor, sino también seguridad de gobierno, así la máxima autoridad entre los indígenas como era el consejo de ancianos le decía al rey Tlatoani recién elegido: “quizás alguna vez busquen madre, busquen padre (protección); también delante de ti pondrán su llanto, sus lágrimas, su indigencia, su penuria [...] Tal vez también con calma, con alegría te la tomarán, te la recogerán a ti que eres su madre, a ti que eres su amparo, porque mucho los amas, los ayudas, eres su guía, eres su señora”.¹⁶

Ella es la alegría de la Santidad, pues nos llena del amor santo y misericordioso de Dios; un amor que no se puede encerrar u ocultar, que se tiene que compartir; Ella es la fuente de toda alegría pues nos da a su amadísimo Hijo; siendo Ella nuestra Madre somos al mismo tiempo hermanos de Jesucristo. Ella es portadora de la compasión, del consuelo y de la paz. La frase que María expresó a Juan Diego: “*que no se perturbe tu rostro, tu corazón*”, tiene también una gran profundidad, ya que en la mentalidad indígena, esto significaba la persona entera; además, esto se enriquecía si se toma en cuenta que, para ellos, un profesor, un sabio, es aquel que puede transformar al ser humano desde el fundamento de la vida, lo que expresaban como el “poner un rostro humano en el corazón ajeno”, era el humanizar el corazón, el humanizar la vida: “Como se repite muchas veces «humanizar el corazón de la gente», «hacer más sabios sus rostros», ayudarles a descubrir su verdad, que quiere decir, su raíz en la tierra”;¹⁷ o como también lo expresaban: “hacer sabios los rostros y firmes los corazones”. Así que es una verdadera transformación, una conversión, un constituirse cada día más y más como ser humano; por lo tanto, la misión de este ser humano es el ayudar al

¹⁵ FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia General*, Lib. X, Cap. I, N° 2, p. 545.

¹⁶ ANÓNIMO, *Testimonio de la antigua palabra*, p. 161.

¹⁷ MIGUEL LEÓN-PORTILLA, *Los antiguos mexicanos*, p. 172.

hermano para que en él reine la paz en el mismo palpitar del “corazón humanizado y divinizado” con y por el rostro de Dios.

Dios, por medio de Santa María de Guadalupe, habló al corazón, al rostro de san Juan Diego, y también a nuestro rostro, a nuestro corazón, a todo nuestro ser, manifestando que el verdadero Dios por quien se vive, antes que nada, es un Dios que ama; es un Dios que vence las tinieblas de la angustia y de la muerte con la luz verdadera; es un Dios que nos entrega para siempre su bello canto eterno; es un Dios por quien el corazón humano puede palpitar o, como también lo expresaban los indígenas, el tener un “corazón endiosado”, es decir, lleno de Dios, pleno de su vida divina.

La Virgen María, Estrella de la Evangelización, discípula y misionera de Jesucristo, había comenzado su misión en una nueva era que Dios había inaugurado en su intervención con los hombres, precisamente gracias al “sí” de María; y fue Juan Diego el primero en recibir su consuelo y su protección; Ella le entregó con inmenso amor y ternura la alegría del Resucitado, su Hijo, de quien Ella era portadora, y lo constituyó en su mensajero en quien depositó toda su confianza; llenó su corazón de la alegría, del gozo y del júbilo indescriptible de la presencia de un Dios que lo ama. Todo cambia, como también lo entienden actualmente los indígenas de Zozocolco, Veracruz cuando, describiendo la imagen portentosa de Santa María de Guadalupe, dicen: “–Es importante esta Mujer, porque se para frente al sol, pisa la luna y se viste con las estrellas, pero su rostro nos dice que hay alguien mayor que Ella, porque está inclinada en signo de respeto.

“–Nuestros mayores ofrecían corazones a Dios, para que hubiera armonía en la vida. Esta Mujer dice que, sin arrancarlos, le pongamos los nuestros entre sus manos, para que Ella los presente al verdadero Dios...”¹⁸

María, al darnos a su amado Hijo, nos dio al que es la “Fuente de vida y de Santidad”. Por ello, podemos definir a María como: Arca viviente de la Alianza, Consuelo de los afligidos, Trono de la Eterna Sabiduría, Causa de Nuestra Alegría, Tabernáculo Inmaculado donde está Jesucristo vivo, Madre del Resucitado, Madre de la Misericordia, Madre del Amor, Madre de la Santidad.

En María estamos en el hueco de su manto en el cruce de sus brazos, Ella nos ama tanto que nos toma entre sus brazos amorosos y nos cubre con su manto lleno de estrellas; Ella, en su mensaje y en su imagen, que más adelante se plasmará en la humilde *tilma* de Juan Diego, es quien se encuentra en el cruce de los brazos y en el hueco de la *tilma* de su amado mensajero; esto es un signo

¹⁸ *Tradición Indígena de Zozocolco, Veracruz, México*. El texto completo y su ratificación judicial, se encuentra en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, Archivo para la Causa de Canonización de Juan Diego.

profundo de que Ella se hace nuestra, como se lo confirma al humilde laico indígena: “¿no estoy yo aquí que tengo el honor y la dicha de ser tu Madre?”, Ella es nuestra sangre, nuestro color, nuestra identidad, nuestra raíz; como Dios mismo en Ella se hace nuestro, en Ella es Dios quien se entrega a cada ser humano, en Ella es Él, nuestro Señor y Salvador, quien se da. En el rostro moreno de Santa María de Guadalupe estamos todos sus hijos, o como de hecho los indígenas se dirigían a sus pequeños hijos con toda ternura: “tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen, mi pintura”.¹⁹ Estamos ante un encuentro pleno del amor de Dios, por medio de la humilde Doncella de Nazaret. Ante el verdadero amor que se entrega en un corazón humilde, el Papa Benedicto XVI dice “Una cosa es clara: se manifiesta una nueva universalidad basada en el hecho de que, en mi interior, ya soy hermano de todo aquel que me encuentro y que necesita mi ayuda”.²⁰

Santa María de Guadalupe le aseguró: “«*Que ninguna otra cosa te aflija, que no te inquiete; que no te acongoje la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora, ten por cierto que ya sanó*». (Y luego en aquel mismo momento sanó su tío, como después se supo). Y Juan Diego, cuando escuchó el venerable aliento, la venerable palabra, de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se tranquilizó, bien con ello se apaciguó su corazón; y le suplicó inmediatamente que lo enviara como mensajero a ver al gobernante Obispo, a llevarle su señal, de comprobación, para que él le creyera.” (*Nican Mopohua*, vv. 120-123)

Santa María dispuso que fueran flores la señal para el obispo, flores enraizadas en el suelo árido, salitroso, pedregoso, muerto del Tepeyac y en un tiempo que helaba. ¡Flores! Una señal totalmente adecuada para la mentalidad indígena, una señal por demás coherente dada la gran importancia de este signo que manifestaba la verdad. María nuevamente se manifestó como la que arraiga el Evangelio en la cultura, en el corazón, de una forma asombrosa.

Señala el chileno P. Joaquín Alliende: “Como pedagogía divina, la Encarnación se prolonga decisivamente en la vinculación del lugar, porque es tangible, porque la maternidad de la tierra no se puede olvidar. En Guadalupe, esa maternidad tangible es la manta de Juan Diego, la «tilma» donde el cielo pinta la imagen mestiza de María, y es la «Casita», el templo del Tepeyac que la Santísima Virgen exigió como cofre del nuevo icono que ella regalaba. La maternidad del Tepeyac establece la casa de encuentro de los pueblos mestizos en el ayer, en el hoy y en el mañana de América Latina y el Caribe.”²¹

¹⁹ *Códice Florentino* (textos de los informantes de Sahagún), Lib. VI, Cap. XVII, ff. 74v. y ss.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, p. 239.

²¹ JOAQUÍN ALLIENDE LUCO, *Para que nuestra América viva. María Educadora de Discípulos y Misioneros*, Ed. Nueva Patris, S. A., p. 74.

Todos contemplaron con asombro la Sagrada Imagen y escuchaban llenos de emoción el relato de cómo se había aparecido y cada uno de los signos que se expresaban en todo este momento y en su maravillosa Imagen. Inició una de las conversiones más impactantes y maravillosas, sin precedentes en la historia; en cerca de ocho años se convirtieron aproximadamente nueve millones de personas, y no sólo indígenas, sino también españoles. El ser humano cuando se convierte, como dice el Papa Benedicto XVI cuando presenta la conversión del hijo pródigo: “Camina hacia la verdad de su existencia, «a casa».”²²

En el Documento final de Aparecida, Brasil, se nos ofrece una maravillosa verdad llena del rocío del Tepeyac: “[María], así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu.”²³ Y proclamaron con alegría: “Todos los bautizados estamos llamados a «recomenzar desde Cristo», a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder y afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los «Juan Diegos» del Nuevo Mundo.”²⁴

Ahora en esta “casita sagrada” llegan de los cuatro rumbos de la tierra, millones de peregrinos. Y llegan para visitar y agradecer a su mamá en su “casita sagrada”, templo del amor misericordioso de Dios. Templo de la infinita misericordia. Templo de la Santidad. Así como dice el Papa Benedicto XVI: “el Resucitado es el nuevo templo, el verdadero lugar de contacto entre Dios y el hombre.”²⁵

²² BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, p. 246.

²³ *Documento de Aparecida*, 269.

²⁴ *Documento de Aparecida*, 549.

²⁵ PP. BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada*, p. 55.